

Falacias del amor. ¿Por qué anudamos amor y sufrimiento?

Roxana Kreimer

Buenos Aires: Editorial Anarres, 2005, 192 pp.

En este texto la autora se propone identificar una serie de falacias que caracterizan al discurso amoroso, examinando las formas en que estos discursos han sido contruidos históricamente desde la antigüedad grecorromana, pasando por los ideales del amor cortés y el romanticismo del siglo XIX, hasta la cultura de masas de nuestros días. Reconstruye la historia del amor y un cuestionamiento de las concepciones hegemónicas sobre el amor que han predominado desde la Antigüedad hasta nuestros días, problematizando la correlación estrecha entre amor y sufrimiento. Su objetivo, sin embargo, no es histórico, sino filosófico, con el fin de revisar las ideas heredadas y de reflexionar sobre los modos en que experimentamos el amor para encontrar las formas más plenas de vivirlo.

Falacias del amor aspira a profundizar la investigación en torno a este tema, con el fin de estudiar la incidencia que estas concepciones pueden tener en el mundo contemporáneo. A diferencia de las culturas orientales, que concibieron el amor como una práctica que se aprende y se perfecciona, en Occidente el amor ha sido considerado sobre todo como un fenómeno irracional que deja al individuo indefenso frente al sufrimiento y al dolor, y a merced de fuerzas completamente externas a sí mismo. Esta concepción está presente cuando alguien dice: “Cada vez que me enamoro, lo hago como la primera vez”, con lo que prueba que a través de los años no aprendió nada sobre el amor.

La autora considera que en la tradición filosófica se encuentran dos tipos de definiciones sobre el amor: “[...] aquellas que lo asocian con la carencia y el sufrimiento, y aquellas que lo relacionan con la alegría y con la afirmación de la vida. Las que lo vinculan con el sufrimiento son las que mayor influencia han ejercido en nuestra cultura, básicamente

porque anclan en el ideal platónico que cimentó las bases de la doctrina cristiana”.

Otros autores no han definido el amor por la carencia, ni por el dolor ni como una forma de locura. No parecen aludir al enamoramiento o flechazo, aunque si se refieren a él, lo trascienden y definen un tipo de amor que no se agota en la efervescencia de los primeros tiempos. Es el caso de Aristóteles y de Spinoza, que no asociaron el amor a la carencia ni al sufrimiento, sino a la alegría. “Amar es alegrarse”, escribió Aristóteles, quien identificó el amor con el gozo. Y para Spinoza, el amor “[...] es la idea de alegría acompañada de una causa externa”. Alain hizo suya esta definición y la formuló en estos términos: “[...] el amor es una suerte de alegría ligada a la presencia o al recuerdo de una persona”. Stendhal también definió al amor por la presencia y no por la ausencia, así: amar “[...] es el placer de ver, tocar y conocer con todos los sentidos, lo más cerca posible, un objeto amable que nos es amable”.

El amor aparece a veces como el más interesante de los temas, por la felicidad que promete o que parece prometer. Alain dice que se teme un poco a esta alegría, ya que depende de otro, de una persona que puede llenarnos de felicidad y, al mismo tiempo, retirarnos toda felicidad. Los cambios de señales en el amor producirían una alteración de la que participaría el odio. Estas concepciones que definen al amor básicamente como una forma de alegría, que por cierto no son hegemónicas en los discursos amorosos de Occidente, admiten que esta alegría puede conllevar sufrimiento. Sin embargo, el sufrimiento no aparece en ellas como un elemento primordial y constitutivo del amor.

Sin embargo, en Occidente se ha definido el amor en innumerables oportunidades como una enfermedad, es decir, como una forma de sufrimiento que,

aunque muy dulce, puede destruir todo aquello que el amante valora. Esta consideración parece referir al eros, enamoramiento, flechazo, pasión o amor-pasión, que en modo es la única forma posible de pensar el amor. A diferencia de otras culturas, Occidente anudó de manera muy estrecha el amor al sufrimiento. Parece lógico pensar que siempre que se ama, la posibilidad de sufrir está presente. Sin embargo, de allí a considerar que el sufrimiento es condición necesaria y suficiente para probar la existencia del amor, o que el sufrimiento por amor puede llegar a ser algo virtuoso en sí mismo hay un largo camino en el que la particularidad del amor parecería ser la de tornar indistinta la felicidad de la desdicha. La exaltación del sufrimiento por amor nace en la Edad Media con la aparición de una forma particular del amor llamada amor-pasión. Aunque esta diada ya está presente en la mitología griega. Encuentro que una de las razones por las que Occidente, a diferencia de otras culturas, anudó tan estrechamente el amor al sufrimiento es que identificó el amor de pareja con esa “forma de locura” inicial conocida como flechazo, amor-pasión o enamoramiento.

La autora sostiene que “[...] una falacia es un error de razonamiento. Difiere de un error fáctico, que es simplemente estar equivocado respecto a los ‘hechos’. Mientras las proposiciones son verdaderas o falsas, los argumentos son válidos o inválidos”. Una falacia es un argumento inválido porque sus premisas no dan el sustento necesario a la conclusión. A partir de esta premisa, se presenta una síntesis de las falacias con respecto al amor:

Falacia de ambigüedad. Los significados diversos de la palabra amor con frecuencia conducen a un error de argumentación conocido como falacia de la ambigüedad, que se produce cuando en un razonamiento se utiliza una misma palabra con dos sentidos diferentes. Si bien la mayoría de las palabras son ambiguas, el contexto generalmente torna claro y unívoco el significado. La falacia de la ambigüedad —el uso de una palabra con sentidos diversos en un mismo razonamiento— también es frecuente cuando se afirma que el amor “se da o no se da”, que se trata de un fenómeno espontáneo, irracional, loco e incontrolable, y que por lo tanto el amor torna inevitable acostarse con

la mujer del amigo. En el primer caso se alude al amor como sentimiento, y en efecto los sentimientos suelen ser fenómenos espontáneos y poderosos; pero en el segundo, se hace referencia a la relación amorosa, que incluye acciones y que, por lo tanto, no es extrínseca a la noción de responsabilidad individual.

La autora diferencia el amor-pasión o enamoramiento del amor-acción. El primero lo define como un dulce y exquisito estado de efervescencia de corta duración, basado en la idealización del otro y en su ausencia, y el segundo, amor-acción o amor-compañero, estaría asociado a un amor de más largo alcance que implica querer al otro porque se le conoce y se goza de su presencia y no de su ausencia, una relación para la que el paso del tiempo puede convertirse en un dato a favor y no en contra, y para la que es posible sobrellevar los problemas que necesariamente alcanzan a toda relación humana duradera. En el amor-acción, la pasión o el amor-pasión pueden haber llegado a su fin, lo que no equivale a afirmar que ya no se ama a la pareja, ni que el deseo sexual ha desaparecido.

La falacia genética. Es un argumento que aspira a determinar la “esencia” de algo mediante su origen o mediante la causa que lo suscita. Las formas diversas que reconoce el amor desautorizan toda hipótesis en torno a la idea de que lo que entendemos por amor “siempre fue, es y será lo mismo”. Constituye una falacia genética afirmar que dado que se originaría en el deseo sexual, el amor no es otra cosa que el deseo de copular y el impulso de reproducirse, o, como pretende cierto idealismo, que “[...] dado que se origina en una fuerza divina o propia del alma, el amor no es otra cosa que un impulso espiritual”. También es frecuente que se desautorice la relación sexual entre dos hombres o entre dos mujeres con el argumento de que los órganos sexuales masculino y femenino “están diseñados” para una complementariedad que no se da en las relaciones sexuales entre personas de un mismo género. En primer lugar, cabe cuestionar que en esta esfera el cuerpo humano tenga una función exclusivamente reproductiva. Fue lo que pretendieron demostrar algunos filósofos medievales, prescribiendo las relaciones sexuales en función solo de la continuidad de la especie. En segundo lugar, el coito no es la única práctica que admite una relación sexual.

Juzgar “antinatural” a una relación sin coito también constituye una falacia genética por cuanto presupone que las relaciones sexuales deben desarrollarse en conformidad con su supuesta “función reproductiva”.

Falacia de la generalización indebida. Es una de las falacias más frecuentes de cuantas existen, y el discurso amoroso es pródigo en toda suerte de variedades de este tipo de argumentación. Estar enamorado, es decir, sentir un entusiasmo exultante y pasar seis noches juntos maravillosamente bien, no evidencia que dos personas vayan a conformar una buena pareja (o, dicho en jerga romántica, que estén “hechos el uno para el otro”). El enamoramiento no solo no es prueba alguna de que la pareja vaya a funcionar, sino que constituye una situación excepcional y —en aras de la seducción— con frecuencia engañosa, en la que se dejan de lado las diferencias y se es particularmente cariñoso, atento, cortés, dadivoso, buen amante y locuaz compañero conversacional. Algunas de estas cualidades pueden sobrevivir en el amor que perdura cuando el enamoramiento se ha extinguido. También se produce una generalización indebida cuando se afirma que, dado que compromete una fuerza extraordinaria, el amor es todopoderoso. Sabemos, no obstante, que con el amor no basta. Sabemos, por ejemplo, que el amor no siempre alcanza para ser comprendido sin que sea necesario hablar. Juzgar el amor todopoderoso presupone no solo una generalización indebida, sino también una premisa a priori.

Falacia del pensamiento desiderativo (*wishfull thinking*). En la que se cree que algo es cierto solo porque se desea que sea verdadero. El *wishfull thinking* ha sido defendido por el pragmatismo, según el cual la “utilidad de una creencia es razón suficiente para adoptarla”. Lugares comunes del romanticismo tales como “viviremos juntos por siempre jamás”, “eres todo lo que siempre soñé” (pronunciado al mes de conocerse) o “nunca nos separaremos” pueden manifestar la voluntad de compromiso o ser entrañables y “útiles” expresiones de deseo. Sin embargo, aunque sea una buena razón para perseguirlo, el hecho de que deseemos que algo sea verdadero no da razón para creer que necesariamente así será, ni para creer que no será así. Querer que algo se desarrolle de

cierta manera no excede el marco de la voluntad ni constituye una certeza relativa al futuro.

Falacia de la media naranja. La concepción del amor basada en el mito del andrógino, modernamente conocida como de la “media naranja” o las “almas gemelas”, tendrá profundas consecuencias en el pensamiento occidental. Proviene de este antiguo mito la idea de no considerarse completo si no se está en pareja, la presunción de que una y solo una persona está destinada a “hacernos felices” en el amor, y de que al reconocer esta unión previa —por lo general mediante la instantaneidad del flechazo— se producirá una fusión eterna. La de la “media naranja” es una bella metáfora. El problema sobreviene cuando aparece como una falacia de falsa analogía, que consiste en equiparar dos cosas por un rasgo accidental. Aunque el abrazo amoroso evoque la imagen de dos mitades que se unen, no somos naranjas rebanadas por la mitad, no erramos en busca de una unidad originaria, ni mal que nos pese existe nuestra “alma gemela”. Lo que existen, más bien, son personas afines pero distintas a nosotros a las que eventualmente podremos amar, y el desafío de seguir amándolas residirá justamente en nuestra posibilidad de conciliar las diferencias.

Falacia de afirmación del consecuente. Esta resulta más clara a través de un ejemplo cualquiera que de su definición: “Llueve, entonces la calle está mojada. La calle está mojada, eso significa que llovió”. La falacia radica en que la calle puede estar mojada porque el encargado del edificio baldeó, o porque la policía reprimió a unos manifestantes, o porque unos chicos jugaron al carnaval. En la esfera específica del amor, esta falacia suele ser frecuente cuando alguien razona más o menos del siguiente modo: “Si amo, a menudo sufro. Sufro, por consiguiente, amo”. Aunque este argumento parezca burdo, despojado de toda particularidad relativa a una situación específica, es muy común por cuanto las concepciones que se han vuelto hegemónicas en Occidente vinculan estrechamente el amor y el sufrimiento. Veamos entonces de qué modo ha sido definido el amor, a veces a partir de la alegría, y predominantemente a partir del sufrimiento, como para que esta falacia fuera posible.

Considero que el texto ofrece una recopilación juiciosa acerca del amor, desde una puesta filosófica que permite revisar cómo ha tenido diversas concepciones de acuerdo con cada temporalidad, pero, además, cómo a través de la propuesta de las metáforas decantadas en las *falacias* ofrece un espacio para la reflexión del lector, pues los seres humanos argumentamos en torno al amor como lo salvador, como lo que me ubica en el tiempo y el espacio con un otro o una otra, aquello que a veces se torna doloroso, nostálgico y violáceo que duele respirar. Tal vez los años pasarán, los siglos continuarán y siempre nos preguntaremos por ese primer momento en que sentimos que un extraño, aparecido en el cosmos, de la nada, de repente está ahí, metido en nuestra piel, mi piel, en nuestro pensamiento, mi pensamiento, mi subjetividad, y *de repente todo está eclipsado*, todo tiene un principio y un fin “ese” y que en un todo responde a mi necesidad, a mi espera. Creo que esa espera, esa magia, ese perfecto complemento tal vez y tristemente esté en sincronía y armonía de reacciones químicas que aceleran el ritmo, la piel y luego se decanta y viene el afrontamiento con la realidad.

Considero que las grandes transformaciones sociales como la diferenciación entre sexualidad y reproducción, el cambio en los roles de género, la vinculación de la mujer al ámbito de la producción, han llevado a que la concepción del amor se transforme, en la medida en que se constituye en un componente de la construcción del proyecto de vida, más allá de *sentir un flechazo que une a dos distintos, a dos desconocidos que en un espacio y tiempo sienten que el uno sin el otro o la otra no pueden vivir. Y en esa medida el amor pasa hacer un elemento codificador de construcción colectiva, de equidad y, por qué no, de democracia; y lo visualizo como un amor donde se juega a la convivencia de dos seres reales con objetivos individuales, pero con objetivos también de dos, donde se respetan las libertades, y el clima de convivencia es trazado por elementos como la palabra y el afecto. Los dos se encuentran en una temporalidad del ahora y no de futuro, pues el amor es dinámico, los seres humanos son dinámicos y los tiempos cambian, las historias cambian y los proyectos de vida se transforman.*

MIREYA AVELLANEDA GUTIÉRREZ

*Estudiante de la maestría en Trabajo Social
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá*